

Sér, en su generacion eterna. Mas Él mismo, ¿podrá detener y no comunicar á otra persona esos tesoros infinitos de que hablamos? Al recibirlos de su Eterno Padre, lo ama con infinito y soberano amor, y así es tambien amado del mismo Padre; y uno y otro, como un mismo principio, comunican la divina esencia al Espíritu que procede de los Dos; y en el cual termina la fecundidad de la divina y soberana esencia, en cuanto á que no podrá comunicarse á ninguna otra persona. (1) Hé allí cómo los rios de la ciencia, la grandeza, el poder, la eternidad, y por decirlo de una vez, la divina esencia, entran en el mar; y el mar no rebosa; no porque éste sea más dilatado y espacioso que aquellos rios de inmensas y profundas aguas, ó los preceda en la existencia: sino porque el Espíritu de Dios penetra todas sus profundidades, y se extiende por decirlo así, hasta el punto donde todas ellas se dilatan sin rebosar, esto es, no comunicándose á otro alguno. (2)

Es por lo mismo, indispensable volver de nuevo á la admiracion y alabanza viendo cómo las riquezas del Padre y del Hijo, son tambien del Espíritu Santo.

La admiracion que nos ha sobrecogido al contemplar la maravillosa fecundidad del Sér divino, tórnase luego en amoroso y dulce reconocimiento, cuando recordamos que Dios abre para nosotros sus riquísimos tesoros, y nos dice que es rico para todos aquéllos que le invocan; [3] y nos advierte que toda dádiva preciosa y todo don perfecto viene de arriba, y descende del Padre de las luces. (4) el cual envió á su Hijo, hecho

(1) P. Th. 1. p. q. 27. a. 3. ad. primum. (2) Ecles. I. 7. [3] Rom. I. 10, 12. (4) Jac. I. 17.

de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibamos la adopcion de hijos. Y por cuanto somos hijos envió Dios á nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Padre mio, Padre mio. (1) Y no sólo tendremos con nosotros al Hijo y al Espíritu Divino; mas tambien al Padre: Cualquiera que me ama, nos dice el Divino Salvador, observará mi doctrina, y mi Padre le amará y vendremos á Él y harémos mansion dentro de Él. (2) ¡Dios con nosotros! Dios de quien está escrito: Estarán con Él los que son fieles á su amor. (3) Y tambien: Dios es caridad. (4) Y vednos ya separados del bullicio exterior y llamados por Dios mismo á inefable y misteriosa dicha; á gozar las íntimas delicias del Señor. Dios es caridad; ¿para qué, pues, subir volando á lo más elevado de los cielos, ó descender en busca suya, á los profundos abismos de la tierra, cuando está con nosotros, si nosotros queremos estar en su adorable y dichosa compañía? (5) Objeto de amorosas y castísimas delicias, espléndida y serena luz, que ilumina la inteligencia del mortal, indeficiente y plácida ventura, piélago insondable de divinas y eternas maravillas; suprema dicha y gloria de los hombres. Hé allí al Eterno Dios, y las divinas é inefables gracias que derrama en el seno de sus hijos que le aman con perfecto y soberano amor.

La igualdad de las divinas personas es para nosotros un objeto de arrobador y santo gozo.

(1) Galat. IV. 4.-6. (2) Joann. XIV. 23. (3) Sap. III. 9. (4) I. Joann. IV. 3. [5] D. August. De Trinit. L. 9. c. 7. in fin.

De alegría se llena el corazón, pensando en la eternidad, y en la grandeza, y el poder y la sabiduría, y la infinita y adorable santidad del Divino Padre. Esa grandeza es infinita; su eternidad sin principio, su poder omnipotente, su sabiduría elevada y admirable sobre los cielos y la tierra; su santidad indeficiente y perfecta. Gocémonos en Dios, una y otra vez gocémonos en Dios; en ese Padre santo y admirable, origen de toda santidad, y virtud, y excelencia, y grandeza, y ciencia y poder.

¡Qué dulce y amoroso encanto, es el encanto que sienten nuestras almas al pensar en las infinitas perfecciones del divino y adorable Padre! Mas nuestro gozo no se estrecha, si estrechase pudiera en el seno del Eterno, que ántes bien por decirlo así, se extiende sin medida, al hallar en ese mismo seno, á su amado Hijo, su Verbo, igual al mismo Padre en todas sus divinas perfecciones; lo ha engendrado como diciéndose á Sí mismo, íntegra y perfectamente; por lo cual, no hay más ni menos perfección en Él, que en su Divino Verbo, (1) Y otra vez nuestros ojos quedan deslumbrados al contemplar las admirables y divinas perfecciones que brillan en el Verbo del Señor: la majestad de la grandeza, el esplendor de la sabiduría, la extensión infinita del poder, la eternidad de la existencia, y todas las restantes.

Mas el Espíritu Santo es igual al Padre y al Hijo; y al pensar en su infinita y adorable grandeza, en su eterna y divina hermosura, conocemos con cuánta ver-

(1) D. August. D. Trinit. L. 15. c. 14.

dad está escrito: Los ángeles desean mirarse en el Espíritu Santo y jamás se sacian de contemplarlo. (1) Él es el río de agua vivificante, espléndida como el cristal, que procede del solio de Dios y del Cordero, y en cuyas márgenes se encuentra el árbol de la vida: (2) sus purísimas aguas llegan á nosotros como azuladas ondas, de santidad y gracia, porque Dios derrama su caridad en nuestros corazones por Este mismo Divino Espíritu que se nos ha dado; (3) y ardiendo en tan dulces y abrasadas llamas, tendemos hácia Él, las alas del amor: sí, amamos, suspiramos, y ansiosamente queremos contemplarlo; y Él es quien forma en nuestras almas, tan hermosos y dulces sentimientos. [4] Y ¡por qué tan tiernos suspiros, y deseos tan ardientes? ¡Ah! Su grandeza, su santidad y hermosura; y el piélago infinito de sus divinas perfecciones, nos arrebatan y nos llenan de abrasado amor. Él es igual al Padre, Él es igual al Hijo; y un solo Dios con Ellos.

Esa admirable y perfecta igualdad de las divinas personas, nos revela cuanto es posible, atendida la miseria de la inteligencia humana, aquella dichosa y serena paz, y la admirable y santísima concordia que existe eternamente, en el seno del Señor: igualdad que se funda en la unidad de esencia, y que por lo mismo, jamás podrá perderse. Unidad é igualdad que presta á nuestros cantos su más dulce armonía, y al corazón inspira los más tiernos sentimientos, y le hace palpitar de santo gozo; y elevándonos, casi hasta los cielos, confunde nuestras voces, si así puede decirse, con las voces

(1) I. Petr. I. 12. (2) Apoc. XXII. 1, 2. S. Ambros. L. 3. de Spiritu. Sancto. c. 21. (3) Rom. V. 5. (4) Id. VIII. 26.

de los ángeles: Santo, le decimos, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Y añadimos, sin podernos casi detener: Bendecimos, amamos, adoramos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas, sin dividir la sustancia: porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; más la divinidad del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo es una; igual la gloria, coeterna la majestad. Cual es el Padre, es el Hijo, y es el Espíritu Santo. Incriado el Padre, incriado el Hijo, incriado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y con todo, no son tres eternos, sino un Eterno; ni tres incriados, ni tres inmensos; sino un incriado y un inmenso. Así también, es omnipotente el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres omnipotentes, sino un Omnipotente. Dios es el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo; mas no son tres Dioses, sino un solo Dios verdadero. Señor es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero no son tres señores, sino un solo Señor. En esta Trinidad nada hay antes ni después, nada mayor ó menor: las tres personas son coeternas, y entre Sí perfectamente iguales. (1)

Los divinos atributos del Señor han pasado delante de nosotros despidiendo ráfagas de apacible y hermosa claridad; brillando igualmente y con la misma luz en las tres divinas personas. Por lo mismo, ¿cómo no postrarnos á semejanza de Moises, ó por qué no cubrir

(1) Símbolo de S. Atanasio.

como Elías, la frente de respeto, para adorar en cada una de esas divinas personas á un mismo y solo Dios? (1)

Es, pues, admirable y digna de nuestra más humilde adoración, la igualdad de las divinas personas; y un motivo de la más santa y dulce alegría para nosotros, el ver cómo la divina Esencia, una é indivisible, y simplísima se comunica por el Padre á su Divino Hijo, y por el Padre y el Hijo, al Espíritu Santo; teniendo así esas tres Personas, la misma grandeza, el mismo poder, y una misma gloria; por lo cual, á ese Rey de los siglos inmortal é invisible, al solo y único Dios, uno en la esencia, trino en las personas, es debida y se ha de dar toda la honra y la gloria por siempre jamás. Amen. (2)

## CAPÍTULO V.

### § I.

#### LA SANTA Y ADORABLE TRINIDAD.

##### CONTINUACION DEL ANTERIOR.

Hemos hablado del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo; mas ¿cuál es el origen de estas divinas Personas? El Padre siendo como es, la fuente, el principio, de la divinidad, tesoro de vida y de inteligencia, [3] no procede de nadie; mas el Hijo procede del Padre; y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. Este origen es lo que la teología llama procesion. (4)

Sabemos que en Dios hay procesiones; y por esto

(1) Exod. XXXIX. 8-III. Reg. XIX. 13. (2) I. Tim. 17. (3) D. Athan. Epist. De Synod. n. 41, 42. (4) Billuart, Cerboni.